

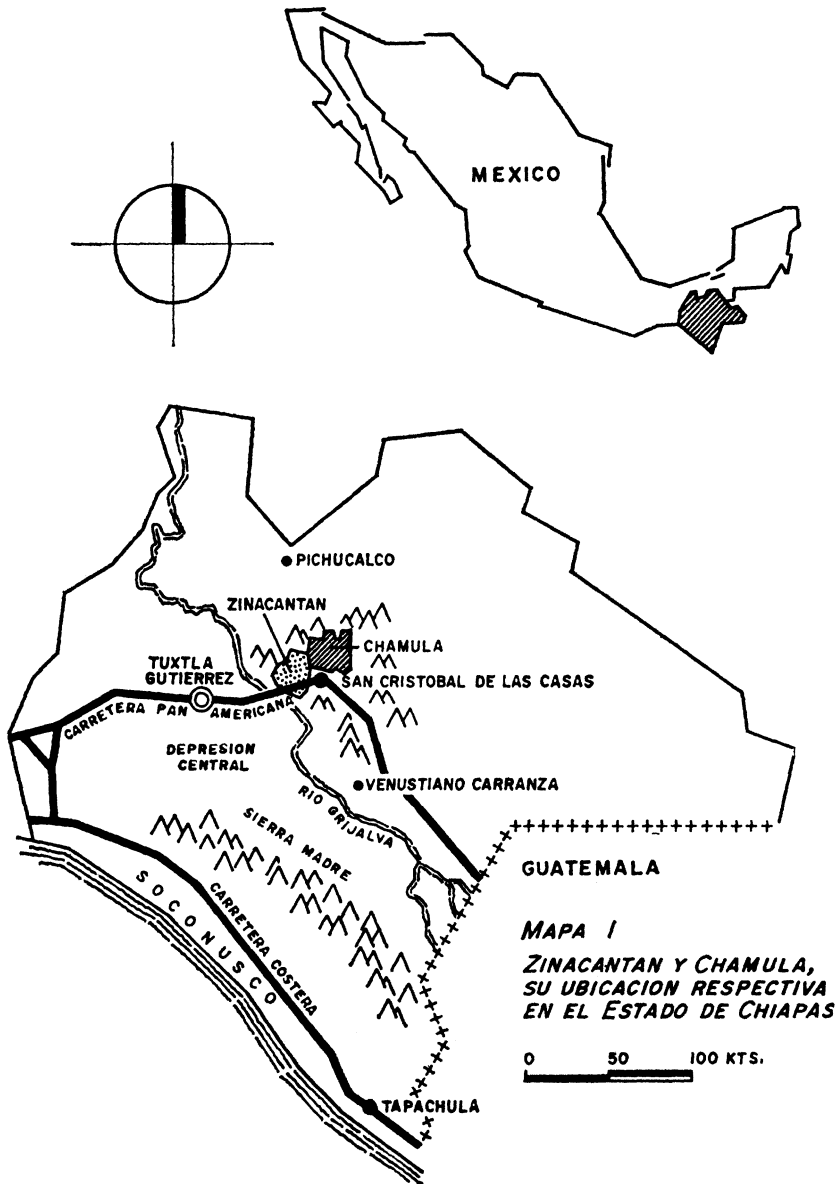
La tierra y el trabajo agrícola en la Chiapas central: un análisis regional*

ROBERT WASSERSTROM F.

I. Introducción

Por más de veinte años, el altiplano central de Chiapas ha constituido un objetivo privilegiado de la investigación antropológica y de numerosos estudios etnográficos detallados. Desde 1943, cuando Sol Tax y un grupo de sus estudiantes mexicanos realizaron un recorrido preliminar por la comunidad tzotzil de Zinacantán, se han publicado no menos de 15 etnografías sobre la región. Con pocas excepciones, estas obras se han centrado en Zinacantán y su vecino más cercano, el municipio de Chamula. Como los demás grupos indios de Chiapas y el occidente guatemalteco, los habitantes de estos dos municipios viven dispersos en *parajes* (aldeas) esparcidos donde cultivan maíz, frijol, algunas hortalizas, flores y frutas. (Véase el mapa 1). Más recientemente, el antropólogo norteamericano George Collier ha sugerido que para entender este tipo de comunidades deben tomarse en cuenta los sistemas políticos y económicos más amplios en los que están integrados.¹ Basándose en el trabajo de Gonzalo Aguirre Beltrán,² declara que los indígenas alteños están inmersos (poco menos que encapsulados) en una "región de refugio", dominada por la ciudad ladina (mestiza) de San Cristóbal de las Casas. Dado que todos los negocios de la zona tanto los políticos y legales como los comerciales—se concentran en este lugar, las comunidades indias se acomodan forzosamente a la voluntad del grupo ladino. De hecho, Collier afirma que la cultura autóctona del altiplano debería considerarse como una reacción contra esta situación, una situación en que los indígenas tratan de negar

* Traducción de Graciela Rendón de Wright y Robert Wasserstrom. El autor quiere agradecer a Luis Fernández por su asistencia editorial, y a Kippy Nigh por sus trabajos cartográficos.



ideológicamente el racismo ladino. Y, finalmente, para demostrar la utilidad de sus planteamientos, compara la eficiencia con la que ciertos sistemas agrícolas tradicionales, enfrentados con presiones socioeconómicas externas, se conservan y se desarrollan.

En las páginas siguientes, esbozaré otro tipo de análisis regional, un análisis en el cual se examinará la relación cercana que existe entre la agricultura nativa tradicional en Chiapas y la agricultura comercial del mismo estado. En contraste con Collier, no se hará hincapié en las actividades de minifundistas indígenas en el altiplano central, sino más bien en aquellas que se llevan a cabo en la cuenca del río Grijalva. Puesto que sus propias milpas no producen una cantidad suficiente de maíz y frijol, por ejemplo, un gran número de zinacantecos (tal vez el 80 por ciento de los hombres económicamente activos en el municipio) renta terrenos adicionales en las haciendas ganaderas de la depresión central. De manera semejante, la mayoría de los chamulas, quienes generalmente poseen aún menos tierra que los zinacantecos, se ve obligada a trabajar durante largos periodos fuera de su comunidad. Empero, un número relativamente reducido de estos campesinos (el 25% renta tierras en el valle del Grijalva, y tiende a vivir en parajes cerca de San Cristóbal. En contraste, más del 75 por ciento tiene que buscar su subsistencia en el trabajo asalariado temporal, y, de este grupo, más de la mitad se emplea estacionalmente en las grandes plantaciones de café ubicadas en la costa del Pacífico. A primera vista, sería fácil atribuir estas diferencias simple y llanamente a la demografía; la población de Chamula (de aproximadamente 50,000 almas) es casi tres veces más grande que la de Zinacantán (17,000). Y sin embargo, bajo estas circunstancias, sería perfectamente razonable creer que tanto los chamulas como los zinacantecos tratarían de solucionar sus problemas económicos como arrendatarios en las fincas ladinas —a pesar de vivir más retirados de la tierra caliente. ¿A qué serie de factores, entonces, pueden atribuirse las divergentes estructuras ocupacionales de estas dos comunidades? Por mi parte, propongo que tales estructuras se derivan de un aspecto fundamental de la vida indígena en Chiapas: el lugar distinto que ocupan los municipios indios en un sistema regional de clases sociales. Y en el caso del altiplano central, reflejan también los diferentes lugares que ocupan comunidades vecinas en un complicado y diversificado sistema de producción agrícola.

2. El desarrollo de la economía regional en Chiapas, 1824-1975

Para entender esta situación, es necesario aclarar primero nuestras ideas sobre los sistemas económicos regionales. Como Collier correctamente señala, tales sistemas podrían definirse no sólo por su forma y estructura actuales, sino también por sus orígenes y, su desarrollo histórico. De ahí que sea preciso examinar brevemente la economía agrícola de Chiapas desde su federación con México (1824), y la manera en que se fueron alterando las relaciones interétnicas en la región. A partir de 1826, y después en 1827, 1828, y 1832, el gobierno del estado, desor-

ganizado y en bancarrota, incitó a los grandes terratenientes a denunciar y titular los terrenos baldíos de las comunidades indígenas.³ De esta manera, según creían los funcionarios públicos, se podían pagar los gravámenes que constantemente les imponían las autoridades centrales. Hasta 1844, sus anhelos en este sentido quedaron siempre sin realización: los futuros hacendados, incapaces de "medir y deslindar" acertadamente las tierras indias, no podían cumplir con estas leyes. Empero, en los años siguientes, los procedimientos de agrimensura fueron simplificados hasta el punto de que virtualmente todo ranchero o político ladino podía aprovechar los nuevos decretos. Como resultado, muchos indios, que durante siglos habían cultivado sus pequeñas milpas, se vieron transformados de glpe en *baldíos*: mozos que trabajaban cuatro días a la semana para sus nuevos amos. Entre 1844 y 1850, varias comunidades alteñas como Chamula, Pantelhó, Magdalenas y Mitontic sufrieron trastornos de este tipo. Y en estos años también empezaron a experimentar los efectos de un aumento significativo de su población, aumento que colocó un peso enorme sobre sus ya disminuidos recursos. En 1869, ante la gravedad de esta situación, cerca de 5000 indios tzotziles, dirigidos por hombres de Chamula, se levantaron en armas. Después de matar a todos los ladinos de seis municipios del altiplano central, fueron derrotados por fuerzas gubernamentales tres meses más tarde.⁴

No obstante su temor y aprensión, los mestizos no tardaron en regresar a su búsqueda de tierra y fortuna. A partir de 1870, fundaron en las comunidades indígenas una serie de ranchos que les permitían tener una existencia marginal. En 1909, casi al término del Porfiriato, estos ranchos modestos constituían el 84 por ciento de las propiedades rurales en el estado, y una tercera parte se encontraba en tierras despojadas a las comunidades tzeltales, tzotziles y chiapanecas. En contraste con estos pequeños rancheros, entre 1880 y 1910, capitalistas ingleses, alemanes, franceses, españoles y norteamericanos impulsaron otra rama de la agricultura, invirtiendo \$4.3 millones en la producción de café.⁵ Concentrada sobre todo en la Sierra Madre de Chiapas, esta actividad produjo en 1909 una cosecha de cerca de 5,850 toneladas, lo que reportaba a los inversionistas extranjeros un rédito del 25 por ciento sobre su capital original. Tan significativo se había vuelto este producto en la economía del estado que, en los últimos días de Don Porfirio, las plantaciones del Soconusco (que nunca representaban más del 3 por ciento del número total de fincas rústicas en Chiapas) absorbían el 15 por ciento del capital agrícola global.

A pesar de su prosperidad, hacia finales del siglo 19 los finqueros cafetaleros empezaron a sentir los efectos de una grave escasez de mano de obra. Como había sucedido en otros periodos de expansión agrícola, las nuevas plantaciones de la Sierra Madre pronto habían absorbido rápidamente a todos los minifundistas y campesinos sin tierra de la región. La falta de indígenas dentro de esta zona fue un hecho que no favoreció el desarrollo de una fuerza de trabajo amplia. De las aproximadamente

20,000 personas que residían en el Soconusco en 1897, por ejemplo, sólo 7,400 eran indios, y la tercera parte de los 12,600 ladinos restantes se había concentrado en la ciudad de Tapachula.⁶ En cuanto a los mestizos rurales, muy pocos optaron por el peonaje en las plantaciones cafetaleras, dedicándose más bien a la cría de ganado, o a la producción de aguardiente y de maíz para abastecer a estas fincas. Enfrentados con esta situación, muchos finqueros comenzaron a contratar a trabajadores indios en San Cristóbal. Por lo general, estos indígenas desafortunados, principalmente los chamulas, se quedaban en la zona cafetalera por un periodo de varios meses. A menudo también, acumulaban una serie de deudas tan exageradas que no se les permitía regresar a sus pueblos. Como resultado, en 1909, la población del Soconusco había subido a 36,641 habitantes. Con los trabajadores eventuales del altiplano (y de Guatemala), estos nuevos residentes suministraban anualmente a las plantaciones no menos de 10,000 peones.⁷

Curiosamente los zinacantecos evitaron en gran medida el trabajo en las fincas cafetaleras, tal como treinta años antes se habían negado a participar en la rebelión de 1869. Habiendo perdido buena parte de sus terrenos comunales antes de la Independencia, habían empezado a emigrar del municipio desde los últimos años del siglo 18. Entre 1820 y 1880, por ejemplo, la población de Zinacantán se mantuvo estable, lo que indica que hasta 2500 zinacantecos salieron definitivamente del pueblo. Con pocas excepciones, estos emigrantes encontraron empleo como mozos o como aparceros en las nuevas haciendas del Grijalva. Por su parte, la disponibilidad de tales trabajadores permitió a los terratenientes ladinos cultivar mayores extensiones de tierra e intensificar sus actividades. Al principio, estos hacendados se dedicaron sobre todo a la ganadería, y vendieron sus animales de contrabando en Guatemala. Así, en los años precedentes a 1838, el número de estas propiedades en la región colindante con Zinacantán aumentó de 25 a 41. En otras partes del mismo valle, esta cifra subió de 50 a 167. Posteriormente, espoleados primero por la Ley de 1844 y, después por las mejores posibilidades de vender su algodón y caña de azúcar, los hacendados del Grijalva se apoderaron de casi toda la depresión central.⁸ Al final del Porfiriato por ende, esta región contaba con la cuarta parte de las fincas rústicas registradas en el estado. En cuanto a los zinacantecos que no salieron de sus aldeas, según nos informan dos observadores contemporáneos, se ganaban la vida o bien como arrieros, o bien en el comercio ambulante.⁹ Aprovechando la ubicación favorable de su municipio entre San Cristóbal y la tierra caliente, estos hombres conservaron una versión fuertemente modificada de sus tradiciones y costumbres ancestrales, en tanto se dedicaban a transportar los productos del Grijalva y el Soconusco a Tabasco y Oaxaca.

En realidad, la cuenca del Grijalva constituía sólo una de varias regiones que experimentaron un proceso de desarrollo acelerado en el último cuarto del siglo 19. Al norte, en el Departamento de Pichucalco, los terra-

tenientes ladinos también denunciaron y titularon grandes extensiones de terrenos indígenas. En cuanto al número de ranchos, Pichucalco estaba a la par con el valle del Grijalva. Al igual que sus antepasados coloniales, la mayoría de estos hacendados se dedicaba al cultivo del cacao. Al final del Porfiriato, cosecharon 514 toneladas de este producto, dos tercios de todo el cacao vendido en México, según Santibáñez. En esta región se cosecharon, además, cantidades apreciables de maíz, caña de azúcar, café, arroz y hule. También en los Departamentos de Chilón y Simojovel se desarrollaron estos cultivos, a los que habría que agregar el tabaco, sembrado en grandes cantidades en Simojovel. Aparentemente estas actividades se habían vuelto lo suficientemente lucrativas como para despertar el interés de los capitalistas extranjeros; al estallar la revolución, un fuerte grupo de estos empresarios (norteamericanos, alemanes y belgas) había invertido más de 2 millones de pesos en las plantaciones cafetaleras y huleras de Palenque. En efecto, el desarrollo de ciertos mercados nacionales e internacionales había dividido a Chiapas en una serie de zonas económicas interrelacionadas, zonas en donde uno o dos cultivos comerciales establecían el ritmo y el estilo de vida tanto entre los hacendados como entre los campesinos.

¿En qué forma —debemos preguntar— fue modificada y transformada esta situación por la Revolución de 1910? Una respuesta preliminar a esta interrogante se halla en las acciones del general Jesús Agustín Castro, quien, en septiembre de 1914, fue nombrado gobernador militar de Chiapas. Como su superior en Yucatán, el general Salvador Alvarado, Castro pronto se dio cuenta de que era odiado por la mayoría de los terratenientes importantes en el estado, hacendados que habían permanecido fieles al gobierno porfirista en cuya derrota el mismo Castro había participado. Para castigarlos, decretó la Ley de Obreros, medida amplia que abolía el peonaje, las tiendas de raya, el uso de fichas en las plantaciones, etcétera. Posteriormente, recorriendo toda la región, sus soldados obligaron a muchos mozos indios a volver a sus pueblos nativos —en algunos casos a punta de fusil. Por su parte, los habitantes de Chamula y Zinacantán acogieron a sus hijos pródigos con cierta confusión y reserva. Desde luego, todos ellos consideraron que la nueva ley había sido un acto providencial. Pero muchos de ellos captaron rápidamente que estos inmigrantes constituían una carga seria y casi insostenible sobre sus frágiles recursos comunitarios. ¿Dónde construirían sus casas? ¿Quiénes les darían tierra? En algunos parajes, por cierto, estas preguntas encontraron una resolución súbita y sin complicaciones. Sin embargo, en la mayor parte de las aldeas indígenas, los habitantes simplemente no podían incorporarlos con tanta facilidad. Sin terrenos adicionales, los ex-peones tzotziles se quedaban en peores condiciones que antes: desposeídos y desempleados. En Chamula, tales hombres no tardaron en engrosar las filas de los trabajadores eventuales en la Sierra Madre. En cambio, los zinacantecos empezaron rápidamente a pedir dotaciones ejidales en los ranchos

ladinos ubicados en el municipio. Desgraciadamente, cuando recibieron por fin estas tierras después de veinte años, ya habían sido incorporados en nuevos y eficaces sistemas de explotación.

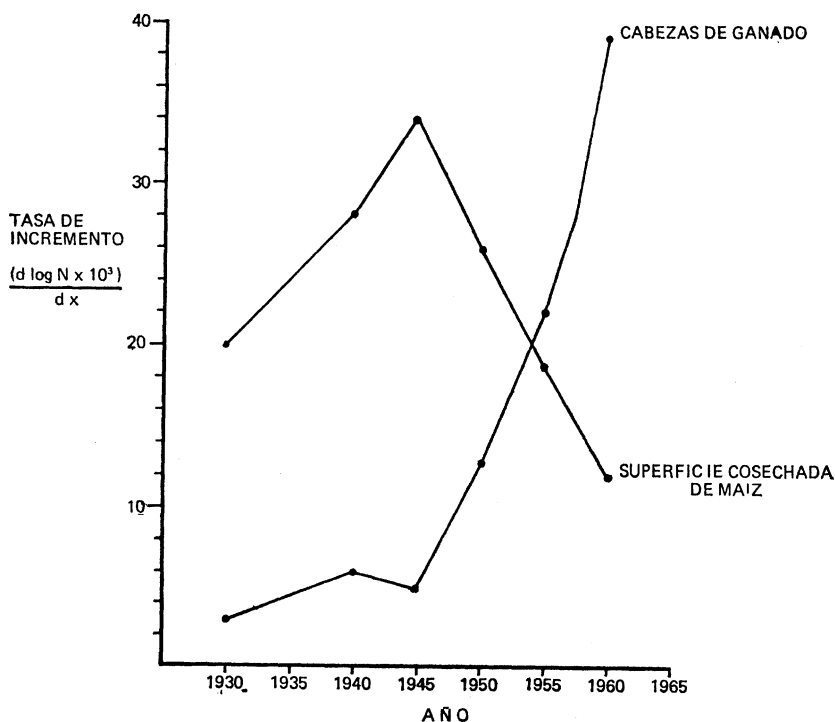
Para entender estos sistemas, es necesario considerar brevemente cómo se desarrolló la agricultura mexicana a partir de 1920. En contraste con los años pre-revolucionarios, los agricultores mexicanos pronto descubrieron que se habían vuelto dependientes de un solo mercado: el de los Estados Unidos. Antes de 1910, por ejemplo, únicamente el 35 por ciento del comercio exterior mexicano se había dirigido hacia este país; una década más tarde, esta cifra había subido al 75 por ciento. Como resultado, los algodoneros nacionales, incluyendo a los que vivían en la cuenca del Grijalva, se quedaron desamparados cuando, en 1929, sus exportaciones disminuyeron catastróficamente. Asimismo, entre 1931 y 1935, la producción azucarera en toda la república bajó notablemente. Pero mientras que los principales hacendados del norte y el centro del país se recuperaron de estos desastres durante la segunda guerra mundial, los terratenientes de la Chiapas central, incapaces de mejorar sus prácticas agrícolas, dejaron de cultivar estos productos. Hacia principios de los años cincuenta, por ende, el algodón casi había desaparecido de la región y la caña de azúcar se restringía a una superficie mínima de 4400 has. Al final, fue la economía internacional la que rompió aquella simbiosis entre el ganado y el algodón que por un siglo entero había constituido el eje principal de la agricultura comercial en la depresión central de Chiapas.

En estas circunstancias, los hacendados del Grijalva llevaron a cabo una serie de experimentos con nuevos cultivos y nuevas relaciones de producción. En 1922, por ejemplo, el geógrafo alemán Leo Waibel comentó que Chiapas se encontraba dividida en varias "formaciones económicas", zonas agropecuarias cuya vida económica estaba regulada por la producción cafetalera en el Soconusco.¹⁰ Por un lado, notó que el altiplano central, donde se cosechaba una cantidad muy limitada de granos básicos, seguía siendo la fuente principal de trabajadores eventuales para las plantaciones de la Sierra Madre. Por otro lado, comentó que los rancheros y hacendados ladinos del Grijalva dependían de estas plantaciones para comprar su ganado y su maíz. Mientras la industria cafetalera crecía durante la década de los veintes, por ende, los hacendados de tierra caliente lucharon para aumentar su producción. Paradójicamente, habiendo invertido su dinero en ganado y no en obras de riego o en pastizales, continuaban utilizando el mismo sistema de roza, tumba y quema que caracterizaba la agricultura indígena. Para contrarrestar la tendencia descendiente de sus rendimientos, arrendaban sus tierras ociosas y boscosas a un número cada vez mayor de arrendatarios indios del altiplano. Al principio, exigían a estos campesinos tanto una parte de sus cosechas como un periodo de trabajo en los campos del dueño. Pero a los pocos años, se abolieron casi totalmente aquellas semanas de trabajo sin remuneración que en días mejores se habían impuesto a los inquilinos indígenas. Para

la gran satisfacción de los hacendados, muy pronto adquirieron una amplia fuerza de trabajadores zinacantecos y chamulas, peones no acasillados que viajaban constantemente entre sus comunidades de origen y la depresión central. De esta manera, transformaron sus terrenos sin cultivo en campos de maíz a un ritmo extraordinario (véase la gráfica 1). En cuanto a las parcelas más viejas, es decir, las que se habían sembrado por tres o cuatro años consecutivos, o eran dejadas en descanso, o eran convertidas en pastizales.

GRAFICA 1: TASA DE INCREMENTO DE LA POBLACION GANADERA Y DE LA SUPERFICIE DEDICADA AL MAIZ EN CHIAPAS 1930-1965

FUENTE: CENSO AGRICOLA GANADERA Y EJIDAL



Dados estos acontecimientos, debemos considerar qué relaciones se establecieron en la cuenca del Grijalva a partir de 1920 entre la agricultura comercial y las prácticas indígenas. Como indica la gráfica 1, entre 1930 y 1945, los terratenientes ladinos de esta región, espoleados por una

política económica nacional basada en la sustitución de importaciones, dirigieron sus energías hacia la producción de granos para el mercado local. Aun así, tuvieron muy poco éxito en sus propósitos: citando una serie de fuentes contemporáneas, otro geógrafo alemán, Karl Helbig, notó que todavía en 1940 existían grandes superficies de monte en toda la zona.¹¹ Empero, con la entrada de los Estados Unidos en la segunda guerra mundial, esta situación se alteró considerablemente. Ante la posibilidad de aumentar sus exportaciones, los ganaderos del norte de México retiraron una buena parte de sus animales de los mercados nacionales. En lugar de vender estos animales en la capital a precios moderados, optaron por orientar sus negocios hacia Texas y Chicago. Como resultado, los ganaderos del sur y del sureste, incluyendo a los de Chiapas, incrementaron su producción para satisfacer la demanda de carne en la ciudad de México.¹² En la cuenca del Grijalva, multiplicaron sus esfuerzos para atraer a arrendatarios indígenas, tarea que fue simplificada después de 1947 por la construcción de la Carretera Panamericana. Como es de esperarse, esta carretera, que atraviesa a Zinacantán, pronto dio principio al trazo de una red de caminos secundarios, caminos que vincularon las haciendas ganaderas directamente con los municipios alteños. Ya en 1949, tales acontecimientos comenzaron a tener su efecto sobre la producción agropecuaria de la Chiapas central: según el economista Moisés de la Peña, las grandes extensiones de tierra boscosa observadas por Helbig habían sido sustituidas en muchas partes por el zacatón y otros cultivos forrajeros.¹³

Ahora bien, sería interesante preguntarnos por qué los terratenientes ladinos preferían utilizar a los arrendatarios tzotziles en vez de emplear directamente a los campesinos mestizos de la tierra caliente. Para responder a esta interrogante, deberíamos notar primero que, a partir de 1936, los gobiernos federal y estatal, comprometidos en llevar a cabo una reforma agraria parcial en Chiapas, habían permitido la formación de ciertos ejidos en el altiplano central. En Zinacantán, por ejemplo, cerca de la mitad de las familias locales recibió pequeñas parcelas (de aproximadamente 2 has.) en terrenos poseídos por rancheros mestizos dentro del municipio.¹⁴ Bajo estas circunstancias, los hacendados del valle central desalentaron a sus ex-peones y otros campesinos sin tierra a establecerse permanentemente en sus propiedades —una situación que pudiera llegar a tener consecuencias desagradables. Al contrario, como lo revela la Tabla 1, en 1950 habían salvado no sólo sus haciendas, sino también su control sobre los principales recursos de la región. Además, las dotaciones ejidales en Zinacantán pronto se transformaron en un beneficio considerable para estos hacendados. Lejos de liberar a los zinacantecos de su condición de dependencia con respecto a la depresión central, los estimularon a rentar aún más tierras en las orillas del Grijalva. Así, como lo demuestra Collier, durante este periodo los habitantes del paraje zinacanteco de Apas cosecharon sólo la mitad de su maíz en sus propias parcelas

TABLA 1: DISTRIBUCIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA EN LA CHIAPAS CENTRAL, 1950

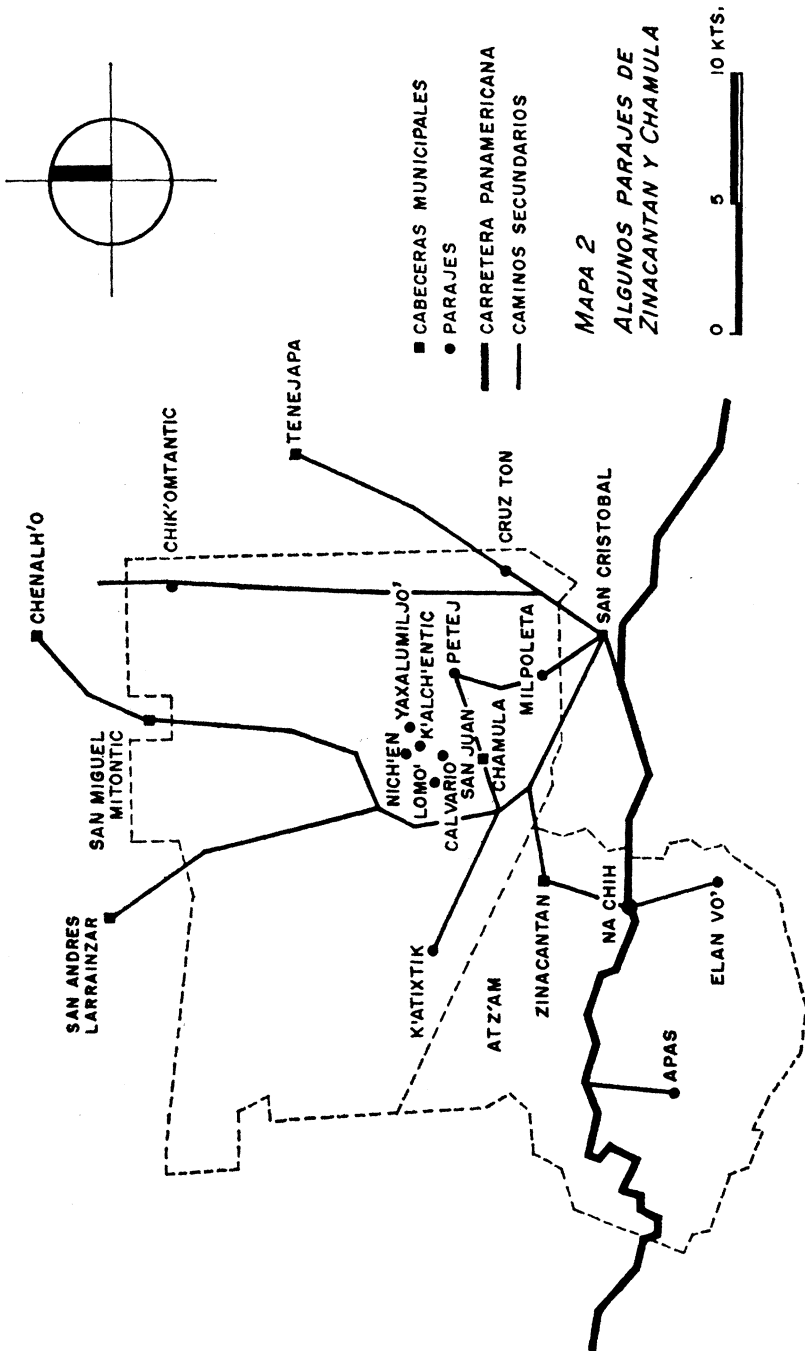
<i>% de predios (deciles)</i>	<i>% de la superficie Total</i>	<i>% de la superficie (acumulado)</i>
I	0.04	0.04
II	0.07	0.1
III	0.2	0.3
IV	0.2	0.5
V	0.4	0.9
VI	2.0	2.9
VII	4.4	7.3
VIII	10.0	17.3
IX	19.7	37.6
X	63.0	100.0

Municipios: Acala, Comitán, La Concordia, Chiapas Chiapilla, Socoltenango, Totolape, Venustiano Carranza, Villa Corzo, Villa Flores, El Zapotal.

FUENTE: SAG: *Censo Agrícola, Ganadero y ejidal, 1950.*

—una cantidad de grano que los hubiera sostenido únicamente en el caso de tener malas cosechas en la tierra caliente (véase el mapa 2). Tal vez sea este hecho, más que alguna otra diferencia, el que distingue entre los arrendatarios zinacantecos y los de Chamula. En contraste con aquéllos, estos campesinos no recibieron ninguna dotación ejidal, y por ende no se arriesgaban a rentar terrenos adicionales.

Examinemos ahora las relaciones sociales y económicas que se desarrollaron en el último medio siglo entre los terratenientes y sus clientes nativos. De acuerdo con las diferentes condiciones del suelo, los agricultores indígenas pagaban en renta una proporción de su cosecha que oscilaba entre el 10 y el 25 por ciento de su producto total. Como resultado, los indígenas trataron de garantizar su acceso a las mejores tierras, para lo cual se empleaban dos estrategias distintas. Por una parte, en muchos casos se fue generando una serie de arreglos más o menos fijos entre los arrendatarios indios y los principales hacendados de la zona, es decir, los terratenientes que se comprometían a rentarles monte virgen cada dos o tres años. En ciertos casos, estos arreglos (que los indios renovaban periódicamente con negalos de ovejas, dinero, o frutas) dura-



ron hasta 25 ó 30 años. Por otra parte, los indios que no gozaban de tales amistades vagaban sin descanso de una finca a otra. Así, esperaban encontrar un lugar adecuado y atractivo, donde podían sembrar por un año o dos. Al principio, se conformaron con explorar las áreas que eran alcanzables fácilmente en mula. Pero, después de 1947, la carretera panamericana les permitió extender sus actividades a un territorio mucho más amplio, que abarcaba casi toda la depresión central.

Inevitablemente, este hecho, junto con el auge de la ganadería a partir de 1950, modificó y reorganizó las relaciones sociales en esta región. De acuerdo con el antropólogo norteamericano Frank Cancian, fue el espíritu empresarial de aumentar sus ganancias el que motivó a los zinacantecos a limpiar y cultivar esos nuevos campos.¹⁵ Asimismo, rompieron las viejas relaciones patronales que habían mantenido con los hacendados cuyas propiedades se encontraban cerca del altiplano. Como resultado, afirma Cancian, entre 1957 y 1966, los habitantes de los parajes de Apas y Na Chij, renunciando a sus costumbres y tradiciones antiguas, cambiaron sus zonas de operación aproximadamente cada cuatro años y medio. Más aún, para tener cosechas mayores, contrataron a jornaleros indígenas—principalmente a los chamulas— quienes los ayudaban a cultivar terrenos adicionales. Apoyados por estos jornaleros, numerosos zinacantecos sembraron 4, 5 ó hasta 8 has.—es decir, una superficie dos o tres veces más amplia que la de sus milpas de antaño. En 1966, nos asegura, cerca del 45 por ciento de los hombres de Na Chij y el 25 por ciento de los de Apas sembraron un mínimo de 4 has. de maíz. Hacia estas mismas fechas, la CONASUPO y los Almacenes Nacionales de Depósito (ANDSA) se habían introducido en la región. De esta manera, muchos zinacantecos, o por lo menos aquellos que cosechaban grandes extensiones de tierra, vendieron su maíz al gobierno a los precios de garantía.

Lo que Cancian no enfatiza, sin embargo, es que los zinacantecos, al cambiar sus costumbres agrícolas, lo hicieron con mucha lentitud y reserva. En efecto, en 1966 la mayoría de sus informantes—el 56 por ciento de los arrendatarios de Na Chij y el 89 por ciento de los de Apas— prefería todavía rentar sus tierras dentro de las antiguas zonas de operación. Y dado que los arrendatarios de estos parajes, aprovechando su experiencia colectiva, tendían a trabajar juntos, la mayor parte de ellos seguía sembrando precisamente en aquellos lugares que habían conseguido en la década de los treintas.¹⁶ Asimismo, a pesar de que algunos incrementaron el tamaño de sus milpas, la mayoría de ellos desmontaba y cultivaba las mismas 2 ó 3 has. que había trabajado desde hacía 30 años. Si calculamos el área sembrada con mayor frecuencia por los habitantes de Na Chij (la moda, 2.0 has.), nos damos cuenta de que sus cosechas no registraron ningún cambio significativo. Más importante aún, se veían obligados a pagar una proporción cada vez mayor de su maíz a los terratenientes, los transportistas y los jornaleros chamulas (véase la tabla 2). Enfrentados con esta situación, muchos indígenas, tratando de abaratar sus costos de

TABLA 2: LAS COSECHAS MODALES DE LOS ARRENDATARIOS DE NA CHIJ EN DOS ZONAS DE LA DEPRESIÓN CENTRAL DE CHIAPAS, 1957-66.

	Zona 1		Zona 2	
	Kilos	100	Kilos	100
Cosecha total	3 960	100	5 130	100
Renta	900	23	900	18
Jornales	900	23	720	14
Transporte	360	9	486	9
Cosecha noeta	1 800	45	3 024	59

FUENTE: Cancian, Frank, *Change and Uncertainty in a Peasant Economy*.

transporte, habían comprado en años anteriores sus propias mulas y animales de carga. Todavía en la actualidad, tales arrendatarios afirman que la posesión de estos animales, que paulatinamente murieron y no fueron reemplazados, contribuyó positivamente para que sus dueños rentaran tierras en las haciendas más cercanas.

¿Por qué estos campesinos eventualmente dieron la espalda a sus viejos patrones de trabajo y abandonaron sus antiguas zonas de operación? La respuesta de esta pregunta se halla en la conducta de arrendatarios de dos parajes vecinos, Na Chij y Elan Vo'. Entre 1940 y 1950, ambos lugares experimentaron un acelerado proceso de crecimiento demográfico, proceso que se llevó a cabo a costa de las aldeas más aisladas de la tierra caliente. Empero, al construirse la carretera internacional, esta situación se modificó sustancialmente. Atraídos por la nueva vía, muchos zinacantecos jóvenes se apresuraron a casarse con las hijas de familias locales. Simultáneamente, amenazaron con utilizar todos los campos vírgenes en la depresión central a los que tenían acceso los hombres de Na Chij. En contraste con sus vecinos en Elan Vo', estos campesinos empezaron a buscar tierras adicionales a una distancia considerable del altiplano central —principalmente en los municipios de Venustiano Carranza, Soconusco, y la Concordia. Hacia 1973, habían conseguido tanto éxito en este negocio que el 80 por ciento de los arrendatarios de Na Chij los había seguido a esas zonas. Resulta obvio, por ende, que estos hombres salieron de las haciendas cercanas no para dar expresión a su espíritu empresarial, como lo quiere Cancian, sino impulsados por los efectos de una creciente presión demográfica en sus propias comunidades.

Al contrario de lo que habían esperado, los arrendatarios de Na Chij pronto se vieron enredados en un sistema de relaciones económicas bastante complejo y perjudicial. Aunque al principio obtenían rendimientos extraordinarios (2355 kg./ha.) a los siete años estas cifras habían disminuido en un 30 por ciento. Al mismo tiempo, varios hacendados, dándose cuenta de que las tierras buenas comenzaron a escasear, elevaron sus rentas. Como resultado, los agricultores indígenas pagaban entre el 33 y el 38 por ciento de sus cosechas al terrateniente. Para aumentar su propia productividad, pues, estos campesinos eligieron el único camino que les quedaba abierto. Sin créditos comerciales u oficiales, sin los beneficios de una tecnología más avanzada, optaron no por reducir sus gastos (como lo hicieron los arrendatarios de Elan Vo'), sino por cultivar parcelas mucho más extensas —parcelas que, a menudo, llegaban a tener 15 ó 20 has. Asimismo, hacia 1973, la mayor parte de los arrendatarios de Na Chij había incrementado su milpa rentada de 2.0 a 6.0 has. Paradójicamente, esta estrategia los volvía aún más dependientes de los transportistas locales e implicaba el uso de un número cada vez mayor de jornaleros chamulas. Aprovechando esta situación, los transportistas, ansiosos de participar en la nueva prosperidad regional, duplicaron sus tarifas. En 1973, por ende, a pesar de que los campesinos de Na Chij sembraron una superficie dos veces mayor que hacía siete años, sus ingresos netos permanecieron iguales.

Bajo estas circunstancias, después de 1973, los arrendatarios zinacantecos alteraron sus estrategias productivas y sus modos de operación: comenzaron a reducir el número de jornaleros chamulas que empleaban. En Elan Vo', donde la mayoría de los campesinos todavía rentaba tierra dentro de las zonas cercanas al altiplano, se negaron a cultivar mayores extensiones de milpa. Evitando las tentaciones que habían seducido a sus vecinos de Na Chij, continuaron a sembrar una o dos hectáreas —la superficie que un hombre solo podía cultivar. Al limitar el papel de los jornaleros, cosecharon el suficiente maíz y frijol como para satisfacer sus necesidades básicas. Además, aun los pocos hombres que rentaron superficies más extensa (el 15 por ciento) utilizaron de preferencia a sus hijos adultos y no a los chamulas. A pesar de los elevados costos de transporte, estos campesinos percibieron una "ganancia" relativa mayor (por unidad de dinero gastado) que la realizada por sus vecinos en Na Chij. Aún así, dos factores —la presión demográfica y una reducción en el número de hectáreas disponibles en sus zonas de operación— pronto se hicieron sentir. En 1973, por ende, el 36 por ciento había limitado sus milpas rentadas a una sola hectárea, mientras que el 25 por ciento había abandonado completamente esta actividad.

En contraste con Elan Vo', en 1973 sólo el 6 por ciento de los hombres de Na Chij se había transformado en peones asalariados fuera del municipio. En cambio, los que rentaban terrenos en la depresión central continuaron explorando nuevas áreas de trabajo y nuevos modos de orga-

nizar sus negocios. No debe sorprendernos, pues, que dentro de poco tiempo se volviera a utilizar algo que, unos cuantos años antes, habían rechazado: los herbicidas comerciales. Según Cancian, el producto que habían usado los zinacantecos

es efectivo en los campos recién desmontados... donde las yerbas de hojas anchas y no el zacate constituyen el principal problema; pero no se puede aplicar cuando se siembran frijoles intercalados con el maíz. A principios de los sesentas, un número considerable de campesinos había probado un herbicida químico, pero muchos de ellos perdieron su cosecha mientras esperaban que tuviera efecto en los campos viejos, donde el zacate competía con el maíz.¹⁷

Mientras que estos indígenas todavía sembraban en las haciendas accesibles directamente desde Zinacantán, tenían pocos incentivos para utilizar innovaciones de este tipo. Empero, hacia 1973 se veían obligados a competir por el usufructo de sus tierras rentadas con los habitantes de otras comunidades alteñas. Entonces, para defender su subsistencia, los arrendatarios zinacantecos comenzaron a buscar nuevas extensiones de monte virgen. En 1974, sembraron sus milpas en el municipio de Comitán, a más de 80 Km. de Zinacantán. Siguiendo adelante, llegaron en 1975 a la frontera con Guatemala, a otros 100 kilómetros de su comunidad. Desde luego, no podían pagar los fletes y jornales exorbitantes que se necesitaban para realizar estas operaciones. Al contrario, después de desmontar y sembrar enormes extensiones de tierra, despidieron a sus jornaleros durante el resto del ciclo agrícola. En seguida aplicaron herbicidas comerciales a sus campos; al hacerlo así, por supuesto, estimularon indirectamente la invasión de zacate en estos terrenos —una práctica que aceleraba su transformación en pastizales.

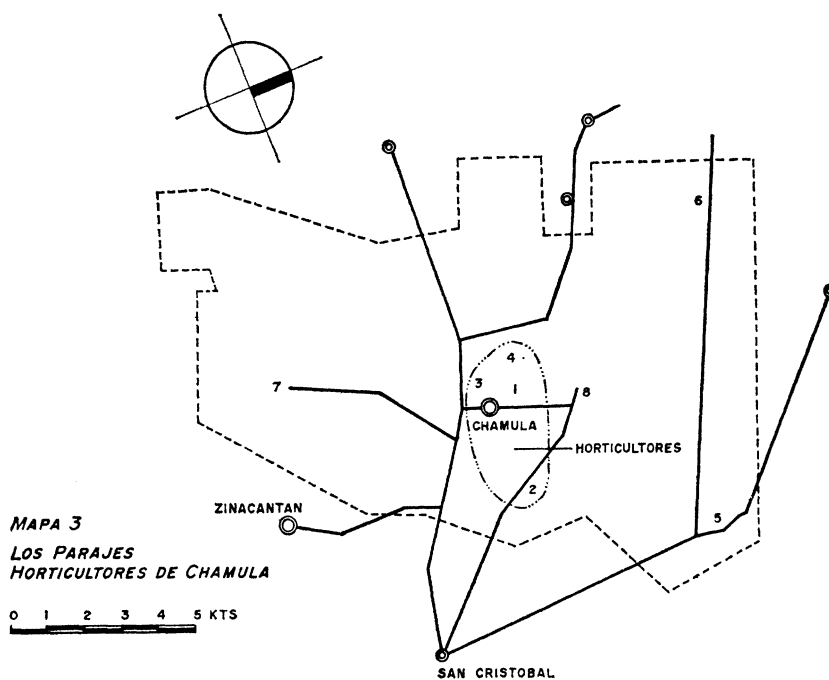
Irónicamente, pueden haber sido los organismos oficiales, tanto como los nuevos caminos, los que propiciaron esta situación. En 1966, Cancian notó que este tipo de organismo “estabilizaba el mercado de maíz, reduciendo los riesgos experimentados por los transportistas y otros intermediarios en los campos.”¹⁸ Desde luego, numerosos zinacantecos, sobre todo los que cultivaban las parcelas más grandes, acudían a estas instituciones con una parte de sus cosechas. Así, reducían sus costos de transporte en forma significativa, y adquirían el dinero en efectivo necesario para llevar el resto de su maíz al altiplano. Más aún, nos asegura Cancian, los centros de recepción compraban a razón de \$880/tonelada (el precio oficial menos ciertos descuentos), una suma bastante atractiva en comparación con los precios en otros mercados regionales. Sin embargo, otros indígenas, es decir, los que sembraban pequeñas extensiones de tierra, no vendían su maíz al gobierno. Al igual que sus vecinos más prósperos, carecían de efectivo para pagar sus gastos de transporte. Pero a menudo no poseían los medios para llevar sus cosechas a los ANDSA, procedi-

miento que les costaba tiempo y dinero. En cambio, vendían sus excedentes con un 10 por ciento de descuento a los intermediarios particulares que, por regla general, se asomaban a los terrenos rentados. Por su parte, estos últimos revendían el maíz que compraban de los indígenas al gobierno. Dentro de poco tiempo también, los mismos hacendados se dieron cuenta de que podían obtener ganancias importantes comercializando el maíz producido por sus clientes indios. Asimismo, los empujaron a desmontar y sembrar extensiones cada vez mayores de milpa y a contratar a un mayor número de jornaleros. Y, por supuesto, mientras mayor fuera el número de estos trabajadores, más elevada era la cantidad de dinero que se necesitaba para cosechar sus terrenos. De esta manera, tanto los hacendados como los transportistas incrementaban la parte que se apropiaban de la cosecha indígena, hasta que, en 1973, se llevaron el 44 por ciento del producto total.

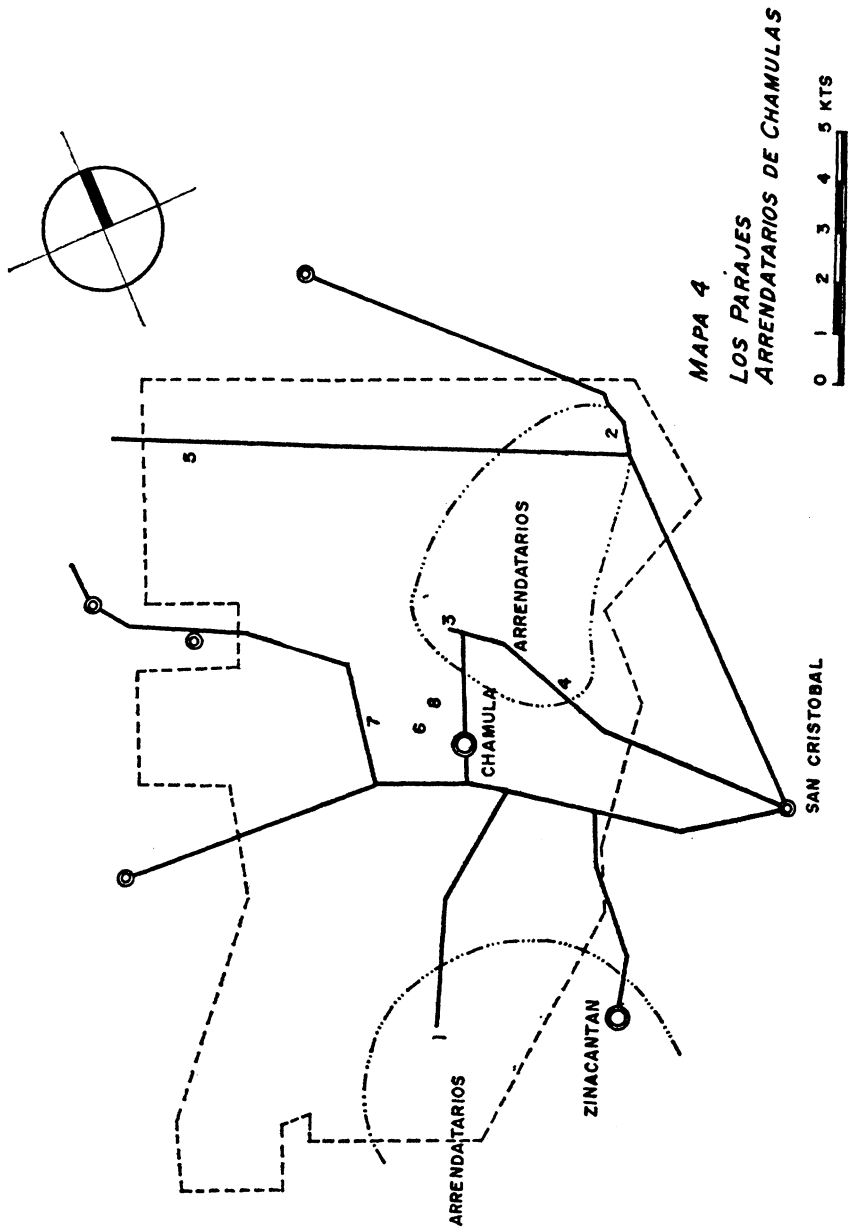
Hacia 1973 también, estos problemas económicos comenzaron a afectar aun a los indios que rentaban superficies relativamente grandes. Por cierto que sólo el 23 por ciento de estos indígenas, principalmente los que sembraban 10 has. o más, todavía vendía su grano al gobierno. A primera vista, se podría atribuir este fenómeno extraño a un factor bien sencillo y preciso: entre 1966 y 1973, el precio medio anual del maíz en el mercado municipal de San Cristóbal subió en un 140 por ciento; Empero, de manera curiosa, en estos mismos años, la cantidad de maíz vendida en la ciudad por arrendatarios de Na Chij permaneció modesta. Al contrario, en este lapso los campesinos indígenas se volvieron aún más dependientes de los terratenientes ladinos para comprar su producto. A raíz de esta situación, muchos arrendatarios prefirieron vender una parte de sus cosechas futuras en sus propios parajes a un grupo creciente de intermediarios nativos —un negocio que hipotecó buena parte del maíz que eventualmente llegó a la aldea. Otros campesinos, casi el 10 por ciento de los que antes habían rentado terrenos en la depresión central, dejaron de cultivar sus propias milpas. En contraste con sus actividades anteriores, asumieron el nuevo papel de *contratistas*, capataces ambulantes que, por una porción determinada de la cosecha, alquilaban sus servicios y los de sus jornaleros a los terratenientes de la región. En otras palabras, el crecimiento económico de Chiapas transformó a muchos arrendatarios zinacantecos en intermediarios que vendían la fuerza de trabajo de minifundistas chamulas por maíz o dinero.

Antes de terminar este breve examen del arrendamiento indio en la Chiapas central, es interesante comparar la estructura ocupacional de Zinacantán en general con la de Chamula. Para este efecto, haremos referencia a una investigación reciente de diez parajes chamulas, investigación que se centró en las actividades económicas de casi 1000 familias.¹⁹ En contraste con los zinacantecos, los indígenas de Chamula se dedican a una gran variedad de oficios. La razón de esta diferencia no es muy complicada: mientras la mayoría de los zinacantecos cultiva 1 ó 2 has. en sus

propias aldeas, las milpas individuales en Chamula raras veces exceden un cuarto de hectárea. Y dado que estas parcelas minúsculas producen sólo el 11.5 por ciento de las necesidades maiceras de una familia de cinco miembros, virtualmente todos los chamulas derivan su subsistencia de otras fuentes. Algunos de ellos (el 7 por ciento) han comprado una serie de pequeñas parcelas de sus vecinos más pobres. Así, acumularon extensiones suficientes de tierra como para vivir de la horticultura a escala comercial. De hecho, si ordenamos a los parajes estudiados según la proporción de sus habitantes que se dedican exclusivamente a este oficio, notamos que los horticultores tienden a concentrarse cerca de la cabecera municipal —es decir, en la zona que, desde principios de los cincuenta, goza de un acceso viario directo a San Cristóbal (véase el Mapa 3). Contra



lo que se esperaba, si repetimos este procedimiento con los arrendatarios (los que no se dedican a ninguna otra actividad), obtenemos el resultado opuesto (mapa 4). En este caso, el arrendamiento en la tierra caliente está claramente asociado con aquellas aldeas que carecieron de sus propios caminos hasta hace algunos años. Más aún, si se calcula el coeficiente de correlación entre estos dos oficios —la horticultura y el arrendamiento— y todas las demás actividades económicas desempeñadas en el municipio, se advierte que Chamula está dividido en dos microregiones determina-



das; una, en la que habitan los arrendatarios y un grupo de peones agrícolas que trabajan estacionalmente en las plantaciones cafetaleras del Soconusco; y otra, en la que residen los horticultores y aquellos trabajadores asalariados que buscan empleos temporales fuera del sector agropecuario.

Examinemos ahora a los jefes de familia que rentan terrenos en la cuenca del Grijalva. Como lo sugiere la tabla 3, el número de tales

TABLA 3: LOS ARRENDAMIENTOS EN CHAMULA (por ciento del número total de los jefes de familia)

<i>Paraje</i>	<i>% de arrendatarios</i>	<i>% de arrendatarios sin otro oficio</i>
Calvario San Juan	12.0	0
Lomo'	20.0	1.7
Milpoleta	37.0	4.8
Cruz Ton	30.0	17.0
Petej	11.0	5.0
Chik'omtantik	29.0	3.0
Ni' Ch'en	13.0	1.0
K'at'ixtik'	47.0	18.2
	Media =	24.9
		7.4

arrendatarios varía en forma significativa de un paraje a otro. A pesar de ello, queda claro que el grupo más importante reside en K'at'ixtik. Por supuesto, este hecho no debe sorprendernos: tanto geográfica como económicamente, K'at'ixtik constituye una extensión de la parte de Zinacantán denominada Atz'am (Salinas), un conjunto de tres parajes cuyos habitantes se dedican al arrendamiento desde hace tres generaciones. Al igual que sus vecinos en Atz'am, los habitantes de K'at'ixtik empezaron a llevar sus mulas cargadas de víveres a las orillas del Grijalva en la década de los veinte. Más recientemente, viajan en camión a San Cristóbal, y de allí siguen la carretera panamericana a sus zonas de trabajo. Pero se nota también de la tabla 3 el grado de diferencia que separa a los arrendatarios chamulas de los campesinos zinacantecos. Así mientras que la mayoría de los zinacantecos cosecha suficientes cantidades de maíz y frijol en sus terrenos rentados como para evitar otras formas de empleo,

son contados los chamulas que viven exclusivamente de sus milpas en la tierra caliente. Al contrario, en la mayor parte de los casos, estos indígenas trabajan como jornaleros en la tapizca (cosecha) del café, como peones en las obras de construcción e inclusive como asalariados en los campos de otros arrendatarios más acomodados.

La explicación de este fenómeno se encuentra en la tabla 4. Como los habitantes de Elan Vo', los arrendatarios chamulas por lo general limitan el tamaño de su parcela a 2 has. Pero dado que sus costos son elevados, se quedan satisfechos con una cosecha neta que a menudo no llega a la cantidad de maíz necesaria para mantener a su familia (1.2 toneladas). En muchos casos también, carecen de las relaciones patronales que facilitan el acceso de los zinacantecos a las mejores tierras. Además de esto, la manera misma en que se organiza el arrendamiento en la depresión central los coloca en una posición desventajosa. Aún en las haciendas más lejanas, los terratenientes ladinos prefieren tratar con sus clientes a través de un solo representante. Por su parte, este hombre, que con frecuencia se llama el *caporal*, distribuye las parcelas rentadas a sus compañeros; al final de la cosecha, se encarga igualmente de negociar la renta que todos deben pagar. Sin embargo, por regla general los hacien-

TABLA 4: COSECHAS NETAS DE MAÍZ OBTENIDAS POR ARRENDATARIOS CHAMULAS EN LA CUENCA DEL RÍO GRIJALVA, 1970-74

<i>Paraje</i>	<i>Número de arrendatarios</i>	<i>Tamaño de la parcela¹ (has.)</i>	<i>Kilos</i>	<i>% de la cosecha total</i>
Calvario San Juan.	11	2.0	1 026	39.0
Lomo'	12	2.0	2 808	56.0
Milpoleta	20	3.0	1 368	33.0
Cruz Ton	33	2.0	1 030	44.0
Petej	15	2.0	4 680	52.0
Chik'omtantik	72	2.0	686	34.0
Ni Ch'en	13	2.0	3 528	76.6
K'at'ixtik	69	1.0	283	34.6

Media = 39.0

¹ tamaño = parcela modal

dados obligan a estos caporales a cultivar tanto una extensión de tierra infértil o pedregosa como las partes planas y redituables. Para mitigar los efectos de esta situación, los caporales zinacantecos, quienes predominan en toda la región, incluyen a un número limitado de arrendatarios chamulas en sus grupos de trabajo —precisamente con el propósito de repartirles las parcelas indeseables. En otras palabras, estos campesinos desafortunados juegan un papel significativo no sólo en la preparación de pastizales nuevos para los terratenientes ladinos, sino también como garantes de la prosperidad relativa de sus compañeros zinacantecos.

Para terminar este pequeño estudio, es preciso considerar en detalle la contribución hecha por los arrendatarios indígenas a la vida económica de algunos ranchos específicos. Para este fin, presentaré a continuación una serie de datos acerca de la Finca Espinal, una propiedad en el municipio de Socoltenango que puede tomarse como un modelo de las haciendas ladinas en toda la zona. Esta finca contiene aproximadamente 300 has., en las que el dueño mantiene un hato de 200 cabezas de ganado bovino. Además de servirle la finca para criar estos animales, siembra en ella 50 has. de caña de azúcar y 15 hs. de maíz. Sin embargo, fuera de la temporada de la cosecha, no paga a trabajador asalariado alguno. Al contrario, a sus arrendatarios los obliga a preparar y cultivar sus labranzas. Para asegurarse de un número suficiente de clientes indios, les permite desmontar cerca de 100 has. de tierra.²⁰ Como resultado, entre 1970 y 1974, contó con una fuerza de trabajo semi-permanente de 30 hombres chamulas que venían año tras año a este lugar para sembrar sus milpas. Normalmente, estos hombres pagaron el 25 por ciento de sus cosechas al hacendado —una cantidad de maíz que en 1974 (un año malo) le reportó una ganancia adicional de \$52,500. En comparación, su nuevo camión de 10 toneladas le costó \$150,000 —de manera que, sólo con la renta de sus terrenos ociosos, lo hubiera pagado en menos de tres años. En cuanto al trabajo en los campos del dueño, cada uno de estos campesinos tuvo que dedicar 12 días durante el ciclo agrícola a la reparación de sus cercos, a la limpia de sus cultivos, etc. Por estos servicios, les pagó \$15 diarios, un poco menos de la mitad del salario mínimo. Y finalmente, en 1974 también, compró 7.2 toneladas del maíz producido por los arrendatarios que necesitaban dinero en efectivo. Al revender este maíz a la CONASUPO junto con su propia cosecha, realizó una segunda ganancia de \$1680.

3. Conclusiones

De esta discusión, se desprende claramente que el arrendamiento indígena en la cuenca del Grijalva juega un papel mucho más significativo en el desarrollo del capitalismo agrícola en Chiapas que el reconocido an-

teriormente por otros investigadores. Por medio de este sistema, algunos campesinos autóctonos invierten su trabajo en extensas parcelas rentadas en vez de cultivar intensiva e infructuosamente sus milpas alteñas. Así resuelven —por lo menos temporalmente— el problema clave que surgió hace varias décadas en sus propias comunidades: la falta de tierras agrícolas en relación con el crecimiento de la población en el altiplano central. De igual manera, las relaciones entre arrendatarios y ganaderos permiten a estos últimos invertir sus capitales en aquellos negocios que les rinden el beneficio más inmediato. En vez de construir obras de riego, por ejemplo, o de mejorar sus pastos, estos hacendados utilizan su dinero para comprar sementales, para incrementar el tamaño de sus hatos, y para aumentar sus propias actividades comerciales. Al mismo tiempo, el arrendamiento les permite sembrar un gran número de terrenos que, con una tecnología más costosa, posiblemente no les reportaría ganancia alguna. Más aún, como se ha demostrado, estas relaciones no se desarrollaron de manera casual o improvisada. Al contrario, tienen sus orígenes en los últimos años del siglo 19, cuando una serie de economías regionales semi-aisladas fueron integradas en un mismo ecosistema agropecuario. Dentro de este ecosistema, los zinacantecos y los chamulas siempre desempeñaron funciones complementarias. Mientras los zinacantecos pronto se transformaron en peones semi-asalariados de los ganaderos de la depresión central, el municipio de Chamula se constituyó en la fuente principal de trabajadores eventuales para las grandes plantaciones cafetaleras del Soconusco. Actualmente, son estos mismos jornaleros quienes con frecuencia combinan sus labores en la Sierra Madre con el trabajo estacional en las parcelas rentadas del Grijalva. Bajo estas condiciones, el advenimiento de un grupo de arrendatarios chamulas en años recientes puede considerarse como un fenómeno transitorio. Expuestos a las mismas presiones económicas que obligan a los zinacantecos a transformarse en contratistas, la mayoría de estos hombres se dedica ora a cultivar sus milpas en la tierra caliente, ora al trabajo asalariado en otras partes. Queda claro, pues, que estas actividades trascienden la visión limitada y un tanto artificial de la agricultura indígena que nos presenta Collier. Ni Zinacantán ni Chamula forma parte de una región de refugio en el altiplano central. No: sus relaciones estrechas con la producción agropecuaria comercial en el Estado nos deben impulsar a redefinir el papel del indio en la lucha de clases tanto en Chiapas como en el resto del país.

¹ Véanse Pozas, Ricardo, *Chamula: un pueblo indio de los altos de Chiapas*, México: Instituto Nacional Indigenista, 1959; Vogt, Evon, *Los Zinacantecos: un pueblo tzotzil de los altos de Chiapas*, México: Instituto Nacional Indigenista, 1966; *Zinacantan: A Maya Community in the Highlands of Chiapas*, Cambridge: Harvard University Press, 1969; Cancian, Frank, *Economics and Prestige in a Maya Community*, Stanford: Stanford University Press, 1965; *Change and Uncertainty in a*

- Peasant Economy: The Maya Corn Farmers of Zinacantan*, Stanford: Stanford University Press, 1972; Collier, Jane, *Law and Social Change in Zinacantan*, Stanford: Stanford University Press, 1973; Bricker, Victoria, *Ritual Humor in Highland Chiapas*, Austin: University of Texas Press, 1973; Fábrega, Horacio y Daniel Silver, *Illness and Shamanistic Curing in Zinacantan*, Stanford: Stanford University Press, 1973; Gossen, Gary, *Chamulas in the World of the Sun: Time and Space in a Maya Oral Tradition*, Cambridge: Harvard University Press, 1974.
- 2 Collier, George, *Fields of the Tzotzil*, Austin: University of Texas Press, 1975.
 - 3 Trens, Manuel, *Historia de Chiapas desde los tiempos más remotos hasta la caída del Segundo Imperio*, México: Talleres Gráficos de la Nación, 1957, pp. 550-1.
 - 4 Pineda, Vicente, *Historia de las Sublevaciones indígenas habidas en el Estado de Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas: Tipografía del Gobierno, 1888.
 - 5 Gobierno del Estado de Chiapas, *Anuario Estadístico del Estado de Chiapas, 1909*, Tuxtla Gutiérrez: Imprenta del Gobierno del Estado, 1911, pp. 95-102.
 - 6 Byam, W. W., *A Sketch of the State of Chiapas*, México, Los Angeles: George Rice and Sons, 1897, pp. 31-2.
 - 7 Santibáñez, Enrique, *Geografía Regional de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez: Imprenta del Gobierno del Estado, 1907, p. 41; Gobierno del Estado, *ibid.*, p. 52.
 - 8 Pineda, E., "Descripción geográfica... de Chiapas," *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1852, p. 3; Gobierno del Estado, *ibid.*, p. 52.
 - 9 Paniagua, Flavio, *Catecismo elemental de Historia estadística de Chiapas*, San Cristóbal: Tipografía del Gobierno, 1876; Santibáñez, *ibid.*
 - 10 Waibel, Leo, *La Sierra Madre de Chiapas*, México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1946, pp. 146-7.
 - 11 Helbig, Karl, *La cuenca superior del río Grijalva*, Tuxtla Gutiérrez: Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas, 1964, p. 52.
 - 12 CEPAL, *La industria de la carne de ganado bovino en México*, México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
 - 13 De la Peña, Moisés, *Chiapas Económico*, Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado, 1951, Vol. II, p. 327.
 - 14 Edel, Matthew, "El ejido en Zinacantán," en Vogt, *op. cit.*
 - 15 Cancian, Frank, *ibid.*
 - 16 Wasserstrom, Robert, *White Fathers and Red Souls: Indian-Ladino Relations in Highland Chiapas*, tesis doctoral, Departamento de Antropología, Harvard University, 1977.
 - 17 Cancian, Frank, *ibid.*, p. 60.
 - 18 *Ibid.*, p. 85.
 - 19 Wasserstrom, Robert, "Minifundismo y trabajo asalariado, Estudio de Caso II: San Juan Chamula. Informe Preliminar," San Cristóbal: Centro de Investigaciones

Ecológicas del Sureste, 1976. Para fines de claridad, se agruparán a tres de estos parajes, K'alch'entik, Yaxlumiljo' y Ni Ch'en, bajo el nombre de este último.

- ²⁰ Es preciso notar también que, al igual que la gran mayoría de los terratenientes de la cuenca, alimenta su ganado con el rastrojo de las milpas rentadas —sobre todo durante la estación seca del año, cuando carece de pastos naturales. Sin duda este hecho, tanto como sus requerimientos de trabajo, influye en su decisión sobre qué extensión de tierra debe facilitarles a sus inquilinos.